

La más conocida de todas las mariposas de América fue clasificada (en 1874, por Nahuel Parada) con ese nombre por el vasto dominio que cubre esta especie naranja y negra. Es protagonista de una de las migraciones más emocionantes, que tiene en Michoacán, México, un santuario de regreso, declarado Patrimonio de la Humanidad en 2008.

# Mariposas Monarca

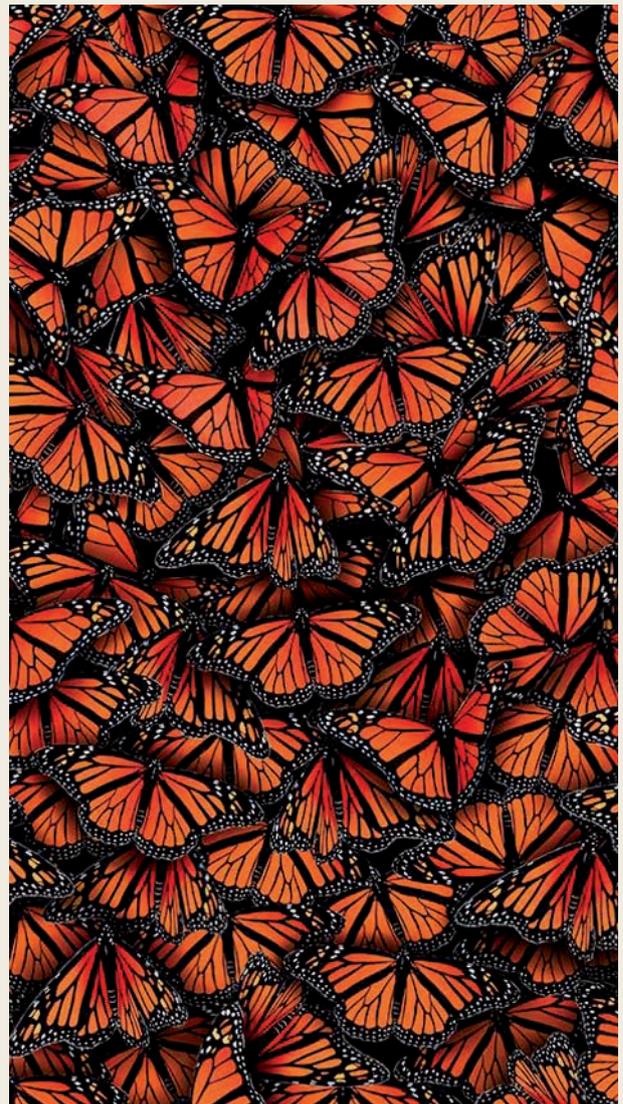
## Reinas de acá

**Si hubiera un lugar geográfico** donde el dicho popular “creer o reventar” mejor encontraría su arraigo, México sería ese lugar. País de superposición de ritos, mitos y credos; de tradiciones que se arrastran o, en este caso, vuelan, México es el escenario de un acontecimiento de carácter mágico: la aparición anual, durante la primavera, de una bandada infinita de mariposas. La ciencia las denomina *danaux plexippus* pero son más conocidas como monarca, en honor al rey Guillermo III de Inglaterra.

En la tierra de la tribu Mazahuas, al norte del Estado de México, se cree que los muertos vuelven cuando llegan las mariposas migrantes, que han atravesado los largos 4.000 kilómetros que separan los campos de América del Norte del estado de Michoacán. Las mariposas les prestarían las alas a las almas que han migrado antes, yendo de la tierra al cielo, para que regresen a visitar a sus seres queridos. Y así, el 27 de octubre comienzan los preparativos para los festejos del Día de los Muertos, que se lleva a cabo el 2 de noviembre. Los campesinos y pobladores suspenden todas sus actividades habituales para hacerle lugar a este regreso y les ofrecen flores, frutas, rezos y alimentos a sus antepasados para que no sufran ofensas o tengan ánimos de venganza.

El arraigo del credo en el fenómeno natural tiene bastante sentido: hay cinco vidas, estados o especies dentro de la breve vida feliz de la mariposa –un primer estado larvario; luego, el de oruga; el de crisálida y finalmente el de mariposa, que a su vez volverá a dar origen a su especie cuando regrese a su tierra habiendo engendrado el huevo de una futura mariposa–.

Y hay, además, una transmisión de la sabiduría de la especie que merece ser celebrada, porque sólo las mariposas monarca nacidas a finales de verano y principios de otoño migran y hacen un único viaje de ida y vuelta. Para cuando recomience este ciclo y el viaje, varias generaciones de verano habrán vivido y muerto; varias se habrán perdido y serán los tataranietos de los migradores del año pasado los que realicen el siguiente viaje. Sin embargo, de algún modo las nuevas generaciones conocen el camino y siguiendo las mismas rutas que sus ancestros vuelven incluso, a veces, al mismo árbol donde ellos estuvieron en México. De los cinco mil millones de mariposas que escapan del frío del norte viajando 150 kilómetros al día solo llegará un quinto de la población. Y, sin embargo, la reserva



natural de biósfera de las monarca mide 56.000 hectáreas y se extiende desde Michoacán hasta el oeste del estado de México. Su vitalidad y permanencia es un milagro asolado por el fantasma del smog del gran país. Por el peligro de extinción ha sido declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, durante el 2010.

La mariposa monarca es una especie americana autóctona; bella y merecedora de una festividad que ofrece su contemplación cuando, en esencia, esos contrastes que ostentan sus alas son los mismos que tiene la vida humana: color explosivo y negro; fusión de vida y de muerte; de evanescencia y aparición. Son almas en la creencia nativa. Almas fuertes que saben volar, también, volver a su casa.